

—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él se fueron encaramando todos los almogávares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon por ser el mas viejo, y algo en Aznar por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona; y con que ellos les dijessen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos nunca tal gente los midió; y no querian otro cebo ni aliento, sino el saber que habian de hartarse de sangre.

Así fué temido el monje
con el són de esta campana,
ROMANCE VIEJO.

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.
—Yo soy, mi amor, le respondió este poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.
—Te esperaba con impaciencia. ¡Cuánto has tardado! Pero; Dios mio! ¿Qué es eso, Aznar?
—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.

—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él se fueron encaramando todos los almogávares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon por ser el mas viejo, y algo en Aznar por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona; y con que ellos les dijessen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos nunca tal gente los midió; y no querian otro cebo ni aliento, sino el saber que habian de hartarse de sangre.

CAPITULO XIX.

Que Aznar Garcés sabia fundir campanas de muy espantable sonido.

Así fué temido el monje
con el són de esta campana,
ROMANCE VIEJO.

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.

—Yo soy, mi amor, le respondió éste poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Te esperaba con impaciencia. ¡Cuánto has tardado! Pero; Dios mio! ¿Qué es eso, Aznar? ¿No vienes solo?

—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.

En esto saltó uno, y luego otro y otro dentro de la azotea.

—¿Qué piensas hacer? preguntó Castana temblando.

—Castana, por mi amor que no temas, que todo será para bien nuestro: ¿no hay algún sitio en esta torre donde pudiéramos pasar la noche sin ser vistos?

—No lo hay, Aznar.

—¿Ninguno?

—; Como no sea allá abajo en el primer piso! pero es una habitación muy estrecha y húmeda; parece una mazmorra, y hay quien dice que de allí salen duendes y vestiglos de puro horrenda que es.

—Cabalmente eso es lo que necesitamos, Castana; guíanos allá, y sea sin que lo sienta la tierra.

Castana cogió una pequeña lámpara que había dejado colgada en una almena y comenzó a bajar las angostas escaleras de caracol por donde se comunicaba la torre con los pisos bajos. Al cabo de un cuarto de hora de bajar escalones se encontraron en la habitación que Castana había descrito.

Y en verdad que no pecaba de exagerada su descripción. Dos arcos apuntados cruzándose en el centro componían la bóveda del techo, y del punto en donde los dos arcos se juntaban colgaba un garfio de hierro; la bóveda y las paredes eran de grandísimos sillares, mal asentados los unos sobre los otros, de manera que los unos parecían próximos á soltar la carga, y los otros prontos á derrumbarse por sí solos sin ajeno esfuerzo: y sin embargo, hoy

los halla el viajero lo mismo que entonces estaban.

El suelo no tenía abrigo alguno, y la arena que lo formaba parecía mojada: tres solas ventanas se contaban, y esas abiertas como nuestras modernas aspilleras; de modo que comenzando por ser anchas hacia la parte de adentro, no mostraban por defuera sino una línea, una cinta, el espacio indispensable para que se distinguiera la claridad en medio del día. Aznar al ver este sitio tan lugubre prorumpió en una carcajada feroz.

—Mal aposento les preparamos, dijo luego en voz alta.

—; Aznar! exclamó Castana, no pases tu por Dios la noche aquí; es un lugar enfermizo; un lugar espantoso.

—Sosiegate, Castana, respondió Aznar; ya te he dicho que todo esto es para nuestro bien, y que mañana saldremos de cuidados. ¿Duermes alguno de los ricoshombres en el alcázar?

—No duermes aquí ninguno de ellos, repuso Castana.

—; Y á qué hora acuden á celebrar sus concilios ó conciliabulos?

—A cosa de las doce.

—Bien está, Castana, hasta la una no llega el rey, y hay tiempo para todo. Dinos ahora antes de retirarte si está muy apartada de este lugar la sala adonde se reúnen.

—No, aquí mismo, respondió Castana. Sal por la puerta, y en lugar de tomar la escalera de la derecha, que es por donde hemos bajado nosotros, to-

ma la de la izquierda, y á los pocos escalones te hallarás en el magnífico salon, donde antes resplandecian nuestros reyes, y ahora imperan y se ostentan esos ricoshombres, que Dios castigue.

—Malditos están ya sus cuerpos, Castana, y bien puedes rogar, si eso te place, por sus almas. Mas ya es tiempo de que te retires y nos dejes cumplir con lo que el rey nos tiene mandado.

Castana se dirigió á la puerta; y al pasar por junto á Aznar le dijo con triste acento:

— ¡Y yo que habia creido pasar la noche á tu lado! ¿Por qué me engañaste, Aznar?

—Así Dios me ayude, Castana, le respondió el almogávar, como imaginado no tenia que para tal cosa sirviese nuestra cita. Yo no pensaba sino en verte y gozar á tu lado la felicidad purísima de los amantes; pero despues que te hablé, vinieron de suerte los sucesos, que fué menester aprovecharme de esta coyuntura.

— Ingrato! dijo Castana.

— Ingrato! Júrote, Castana, que en cuanto el rey recobre su trono y se apacigüen estas turbulencias, que me traen hecha ascuas la cabeza, me he de casar contigo, si quieres seguirme á la montaña.

Castana se sonrió, y saliéndose del aposento subió precipitadamente á su cuarto, temiendo el verse acometida á cada paso por las sombras encantadas del alcázar.

Y cuenta la crónica que la pobre, aun viendo tan engañadas sus esperanzas en la cita, no pudo pegar los ojos en toda la noche de puro regocijo; y que no

paró mientes ni por un momento siquiera en los propósitos de Aznar y sus compañeros, ni se puso á considerar si habria hecho bien ó mal en esconderlos dentro de la torre.

Con la nueva promesa de matrimonio juntaba ella la promesa de la reina de que la heredaria, de manera que dichosamente pudiera pasar sus dias con su esposo, y sin cesar revolvia en su cabeza ilusiones, y esperanzas, y venturas. ¡Dichosa Castana! ¿Qué emperatriz ni qué reina pudiera compararse con ella en tales momentos? ¿Qué estados, ni qué riquezas, ni qué esplendor pueden brindar con mas felicidad que aquella que daban á Castana su amor correspondido y sus modestos deseos?

¡Ah! ¡y qué bien se cambiara por Castana la reina doña Inés!

Ella tampoco dormia, pero no era de dichosa por cierto, sino de infeliz; porque pasó ya el primer impulso de júbilo que le causó la nueva de la vuelta de su esposo; y su situación era tan singular, que apenas podia decirse cuando más debiera padecer, si al estar su esposo ausente, ó al estar presente; si al ver que se dificultaban los deseos de don Ramiro, ó al ver que los lograba.

El triunfo de los grandes era la humillación, era la desesperación de su querido esposo; el triunfo de su esposo era su propia desesperación y su humillación propia. Mientras don Ramiro estuvo fuera deseó su vuelta; y al saber que estaba cerca la temió. Porque ¿á qué volvía don Ramiro sino á abandonarla definitivamente? ¿Por qué peleaba don Ra-

miro sino por divorciarse de ella? Y si no volvía, ¿cómo había de recobrar su hija? ¿Cómo había ella de soportar la afrenta de su marido? ¡Pobre mujer!

Así pasaron la noche á pocos pasos de distancia una de otra, la reina doña Inés y su doncella Castana.

No bien amaneció, una y otra se levantaron.

—¿Oíste por azar á qué hora se espera que entre en la ciudad el rey? dijo doña Inés.

—A la una, respondió Castana, recordando que lo había oído la noche anterior; y al representarse entonces aquella escena no pudo evitar que se le demudase el rostro.

Doña Inés no lo notó, y lentamente comenzó á hacer su tocado con ayuda de Castana.

Tocado no tan espléndido ya como aquel que hacían juntas la tarde que precedió al triste sarao de que dimos cuenta á nuestros lectores al comenzar este relato. Y sin embargo, ó miente el cronista, ó doña Inés tuvo mas cuenta con su tocado este dia que otros dias anteriores: ¿querria intentar el último esfuerzo? ¿Conservaria en su corazón esperanzas de ablandar al fin el alma de su esposo?

El respeto religioso que le había inspirado la resolución de éste, parece desmentirlo; ¿pero quién sabe? Ello es que doña Inés se esmeró y que halló medio de parecer bella todavía; bella cuando su tez estaba marchita, decaído su color, apagados sus ojos; cuando el llanto continuo y la continua pena

habían trabajado por mas de dos años en destruir sus encantos.

¡Oh! ¡la decadencia de las mujeres bellas tiene un hechizo indefinible para las almas sensibles! Es el hechizo del otoño con sus celajes rojizos y sus hojas secas que el viento va dejando caer una por una. Nunca es acaso tan bella la mujer como cuando está á punto de no serlo.

Llegó el sol al medio dia en los relojes pintados en las torres del alcázar, y doña Inés sintió latir su corazón fuertemente; no faltaba mas que una hora para que volviese su esposo. Entonces, casi involuntariamente, fué á colocarse en una ventana de la torre que daba frente á la puerta principal del alcázar.

Había allí apostados unos cuantos almogávares de tan feroz catadura como todos los de su laya, pero doña Inés no hizo alto en ello porque á la sazón se les hallaba en todas partes, lo mismo recorriendo los caminos que guarneciendo ciudades y fortalezas. Además que después de conocer á Aznar, y de medir su gran valor y fidelidad, había desaparecido de ella el horror que le inspiraban, y aun comenzaba á mirarlos como amigos.

A poco de estar allí asomada, vió llegar á Gil de Atrosillo y á Lizana, entrambos muy entretenidos y animados en conversacion, de tal suerte que no pusieron los ojos siquiera en los almogávares. Subieron la escalera principal que caía debajo del aposento en donde estaba la reina, y un instante después se sintió un espantoso ruido.

—¿ A mí, villanos? exclamaba uno, ¿ no me conocéis? Esta era sin duda voz de Ferriz de Lizana.

Sintióse también otra voz que parecía de Gil de Atrosillo, la cual gritaba ó hablaba muy alto; pero no pudo entenderse lo que decía. Hubo fragor de armas y dos ó tres gemidos sordos, y luego no se oyó mas algun ruido.

La reina, que no podia dudar de quien eran las voces, quedó aterrada, inmóvil, sin osar apartarse del alfeizar de la ventana.

Pasados algunos momentos entró Roldan.

—¿ Qué haceis aquí, almogávares? preguntó á los que guardaban la puerta.

Mas ellos no le contestaron.

—¿ Qué haceis, digo? tornó á preguntarles. Dos almogávares saltaron instantáneamente sobre el caballero; el uno le puso la mano en la espalda, el otro le tapó la boca con un pedazo de malla, y alzándole á un tiempo en alto comenzaron á subir con él las escaleras. Momentos despues bajaron como si tal cosa, como si nada hubiera acontecido.

El espanto de la reina subió al último punto: allí desde la ventana vió llegar unos tras otros á los principales señores de la corte; los mas no repararon en los almogávares: otros los miraron con extrañeza, pero no dijeron palabra. Cada vez que subia alguno se oia el mismo estruendo que la primera vez.

—; Traidores! decía uno.

—; Villanos! clamaba otro. Y luego se sentian sordos gemidos, y poco despues nada, nada absolutamente.

—; Castana! ; Castana! gritó doña Inés cuando vió que mas no subian ni se sentia rumor alguno.

Castana acudió al punto alegre, lozana, mas picante y mas graciosa que nunca; pero al ver á doña Inés desencajada y llena de espanto, desapareció de su rostro toda muestra de alegría, y exclamó:

—¿ Qué teneis, señora mia? ; Qué sucede?

—Castana, dijo la reina, aqui debajo de nosotras están pasando horribles escenas; he sentido el són del hierro contra el hierro, y he oido muchos ayes de moribundos.

—; Ay! prorumpió Castana, volviendo á recordar que abajo debian estar Aznar y sus compañeros. ; Conque ha habido lid? ; Conque ha habido muertos? Dios tenga piedad de Aznar, señora.

—; De Aznar! ; Qué dices, Castana?

Y la pobre doncella, banada en llanto, contó á su senora cuanto habia sucedido la noche anterior.

—; Han asesinado á los ricoshombres! exclamó la reina con tanto horror como asombro.

—¿ Sabeis que han sido ellos los muertos? ; Estais segura de que no ha perecido Aznar? dijo sencillamente Castana.

—; Bien decía yo! continuó la reina sin prestarle atencion, que esos almogávares son de raza de lobos; ; han asesinado á los ricoshombres de Aragon!

Pero en aquel momento se oyó gran estruendo y

vocerío; y luego el concertado són de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos llegó á los oídos de doña Inés y de Castana.

— ¡ Viva el rey don Ramiro ! clamaba frenética la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente; ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio del alcázar los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse y se asomó á la ventana. El rey don Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados, ambos acababan de apearse y comenzaban á subir las escaleras; el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban rotos y espantosos multitud de almogávares: el pueblo quedaba victoreando á la puerta.

— ¡ Qué airoso está ! exclamó doña Inés. ¡ Qué bien que le sientan las armas !

Y salió precipitadamente de él seguida de la fiel Castana.

— ¡ Viva el rey don Ramiro ! clamaba frenética la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente; ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio del alcázar los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse y se asomó á la ventana. El rey don Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados, ambos acababan de apearse y comenzaban á subir las escaleras; el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban rotos y espantosos multitud de almogávares: el pueblo quedaba victoreando á la

puerta. Entre tanto el rey don Ramiro y el conde don Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y algunos aragoneses, que habian ido á juntarse con el partido que parecia mas poderoso, llegaron al gran salon donde solian darse las regias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

CAPITULO XX

Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así como al descuido se aclaran sucesos no bien esplicados hasta ahora.

Nunca fuera caballero de damas tan bien servido. ROMANCE VIETO.